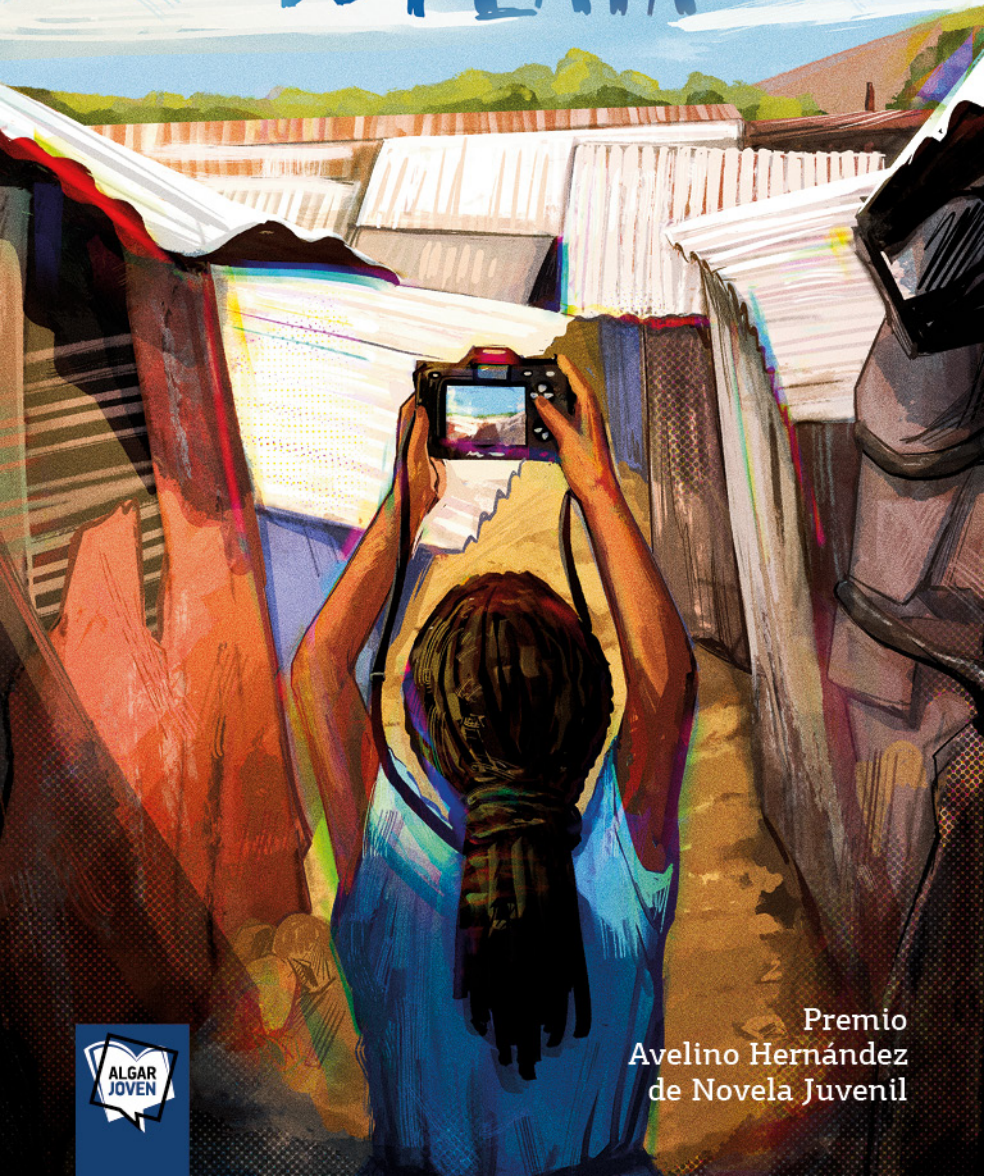


Antonio J. Ruiz Munuera

# CRISTALES DE PLATA



Premio  
Avelino Hernández  
de Novela Juvenil



# I

## 'NYUMBA'

### CASA

—¡Kibwe! ¡Levanta de la cama! ¡Vas a llegar tarde, pequeño lirón! —me llamó Mama Asha, empujándome del colchón, que parecía pegado a mi cuerpo.

En realidad, no dormía, porque ese día, por fin, saldría de Mathare. ¡Al otro lado! Ahora sí llegaba mi gran oportunidad. Como todos los chicos del barrio, desde que nací no había conocido más que las casas de chapa y el barro rojo de nuestro *slum*, el lugar donde crecimos, corriendo arriba y abajo por sus callejuelas, empinadas e interminables. Callejones angostos por donde ruedan las pelotas de los niños siguiendo los frutos del kiwano cuando caen, maduros, de los árboles. En nuestras calles siempre rueda algo, como si los objetos tuviesen vida propia, porque en el *slum* solo hay cuestras y, al poner algo en pie, acaba volcándose: las chabolas, tan inestables que parecen haber aterrizado desde el espacio; las ollas, que se balancean sobre las piedras del hogar; hasta las sillas, que son las más raras del mundo, porque en Mathare las patas de los muebles tienen distinta longitud según la cuestra que haya en tu choza, para evitar caerse de culo de ellas.

En el *slum* nada se mantiene derecho, ni siquiera las cabezas de sus habitantes, dispuestas a dar vueltas por la pendiente hasta acabar en el río.

En Mathare viven doscientas mil personas en el espacio que ocupa un pueblecito europeo de los que tienen casas, una plaza con iglesia, un parque con columpios y un colegio. Un *slum* es lo más parecido a un gran hormiguero lleno de galerías retorcidas dibujadas por la mano de un niño que experimenta con un lápiz. Calles idénticas, sin plazas ni aceras para caminar, sin placas con su nombre en la pared. Calles sin alma.

No hay agua corriente ni luz eléctrica, ni siquiera carreteras de verdad por las que puedan circular coches. Solo miles de chabolas de madera, amontonadas en el lugar más triste de Nairobi, un lugar donde la miseria y la violencia corretean imparables, tan obstinadas como las propias hormigas.

Aunque, si sabes mirarlo, Mathare es un mar, un océano con tejados de chapa que se balancean cuando arrecia el viento, silbando cantarines por sus recovecos de metal. Si subes al basurero de Mlango Kubwa y entrecierras los ojos, podrás ver las olas plateadas, el mar oscuro donde saltan los delfines, los niños que corren por la orilla chapoteando felices en sus aguas transparentes. Si lo observas bien, verás un hermoso barco en el horizonte, con sus velas blancas desplegadas y llenas de viento. Solo necesitas imaginación, y en Mathare es lo único que sobra.

Más tarde despiertas del sueño y sigues allí. Descubres las calles del *slum*, que son cualquier cosa,

menos eso; más que calles, pasillos, rayas de tierra sucia que culebream entre muros contruidos con desechos que, cada día, llegan al basurero. Lo que sobra al otro lado del mundo. A través de esas paredes —tan delgadas que parecen cortinas—, puedes oír, con todo detalle, las conversaciones de sus habitantes; verlos, entre los huecos de la pared, reunidos en torno a un puchero en difícil equilibrio sobre tres piedras ennegrecidas por el fuego mientras comen un caldo humeante que bendicen con las manos entrelazadas, dando gracias porque ese día tienen algo con lo que calentarse el estómago.

Andar por las callejuelas de mi *slum* es como hacerlo por el interior de las casas, empaparse de su olor, saborear la humilde comida de sus habitantes y compartir su resignación por la vida que les ha tocado en suerte y que, pese a todo, llevan con dignidad, con una alegría incomprensible y un brillo que se escapa de los ojos, profundos y negros en Mathare.

Aquella mañana prometía ser especial. Mama Asha había convencido a su hermano para que me llevara a trabajar fuera del *slum*, una oportunidad extraordinaria para un chico de doce años, algo con lo que ni siquiera fantasean los niños que viven en nuestras calles.

Me levanté con los ojos abiertos de par en par, con la sensación de no haberlos cerrado en toda la noche. En realidad sí que había dormido, pero mi sueño, tan intenso como lo que estaba por llegar, me tuvo ocupado durante las interminables horas de oscuridad. Un sueño vívido que me sumergía en el mundo real

con todo lujo de detalles. Aún con esa sensación, la de volver de un largo viaje, salté de la cama pletórico.

Con cuidado, para no derramarla, volqué sobre un cuenco un poco de agua de la garrafa amarilla y me lavé despacio, procurando quedar bien aseado. Ya de paso, arranqué las últimas telarañas del sueño, que seguían prendidas en el interior de mi cabeza. El líquido sobrante lo guardé en otro recipiente —la garrafa azul, para el agua usada— porque estaba casi limpia y me serviría para otro par de días. En Mathare el agua es tan valiosa como un tesoro y la gente no acostumbra a tirar por el suelo las cosas de valor. Para terminar el aseo, me froté con unas flores secas del tamarindo que cubría, como un segundo tejado, nuestra casucha. Cada mañana encontraba sus florecitas en el alféizar de mi ventana, dándome los buenos días. Su perfume suave, de lluvia y menta, me impregnaba de frescura, de un olor que prometía, a pesar de todo, la existencia de lugares hermosos.

Colgada de un alambre, me esperaba mi ropa nueva, cuidadosamente planchada por Mama Asha. Era cuanto tenía —además del chándal deshilachado que vestía a diario—: un pantalón verde y una camiseta roja que guardaba para ocasiones especiales, días que auguraban algo bueno; porque, junto a mi pelo negro, esos colores formaban la bandera de Kenia. No podía estar más orgulloso.

En la puerta me esperaba Moses, el hermano de Mama Asha. Yo vivía con ella desde hacía ocho años, cuando a mi madre se la llevó esa horrible enfermedad

que llenaba los cementerios de África, el sida, de la que nadie conocía mucho. Solo sabíamos que mataba a mucha gente. Otra plaga de las muchas que asolan nuestra tierra de cuando en cuando y a las que, para nuestra desgracia, estábamos acostumbrados.

Mama Asha era lo más parecido a una madre que había conocido. Una señora enorme y redonda, con un corazón que le debía de ocupar la mayor parte del pecho, tanto como su vozarrón de trueno, que retumbaba por los tejados del *slum* cuando se enfadaba. Los enojos de Mama Asha eran más temibles que una tormenta y, a pesar de su carácter y del miedo que daba verla correr con una sartén en la mano, ni una sola persona de Mathare hablaba mal de ella. Mama Asha era un poco la madre de todos los críos de Mathare.

Moses esperaba en la puerta vestido con un mono marrón en el que destacaban unas brillantes letras azules donde se leía «Jomo Kenyatta», el aeropuerto internacional de Nairobi, en el que trabajaba montando las maletas de los viajeros en una máquina transportadora. Cada día, al amanecer, Moses pasaba los macutos desde un pequeño camión a la cinta de equipajes, miles de ellos, de todos los colores y tamaños, de todos los países del planeta. Él conocía a todo el mundo en el aeropuerto y me había conseguido un trabajo con un amigo limpiabotas que necesitaba un ayudante. Aquel día, yo, Kibwe Mwelu, iría con él al mundo de los hombres.

Salimos de Mathare orientándonos en la oscuridad, recorriendo los callejones de chabolas donde dormían

sus habitantes, a la única hora del día en la que no se oían gritos, disparos o golpes; la hora en la que la paz se colaba, por un rato, en la vida de mis vecinos; el momento en el que nuestro *slum* se parecía a uno de esos pueblos en los que tú, amigo afortunado, sueles vivir.

Pasadas las últimas casas, atravesamos el basurero. Las gaviotas, madrugadoras, picoteaban los desechos en busca de cualquier cosa comestible; esas aves –siempre hambrientas– podrían tragarse, sin molestarse en abrirla, una lata de conservas. Sus graznidos se oían a todas horas, retumbando por cada rincón del poblado. Cuando se cansaban de comer basura, peleaban entre ellas para marcar su territorio dentro del basurero. Otras veces sobrevolaban el *slum* en busca de objetos llamativos que robar. Les gustaba cualquier cosa brillante; eran capaces de entrar en las casas para rapiñar algún botín y no las detenían ni los escobazos que les propinaba Mama Asha. Para los habitantes de Mathare, las gaviotas son hienas con alas.

Un extranjero no podría respirar más de un minuto en el basurero de Mlango Kubwa sin desmayarse, pero nosotros ni siquiera lo notábamos. Podíamos andar sobre las montañas de residuos, indiferentes al olor nauseabundo, al humo tóxico de los plásticos que se quemaban levantando espirales negras. Ajenos a los roedores de cuatro patas que, junto a las gaviotas, correteaban por todas partes, sabiéndose los dueños del gran basurero.

Unos metros más allá, se encontraba el camino hacia el lado afortunado del mundo, una valla de

hormigón, de cuatro metros de altura, que ocultaba Mathare a los ojos de la civilización. En la parte superior, para protegerse de peligrosos saqueadores, el muro estaba cubierto con malla de espino, alambres afilados que ensartarían como pinchos de pollo a quienes intentasen saltarla. Alguien, tal vez el propio Moses, había excavado bajo el muro un pequeño túnel, una boca negra disimulada con arbustos y bolsas de basura, el camuflaje perfecto en Mathare. Era muy estrecho, así que me quité la ropa nueva y me arrastré casi desnudo sobre la tierra húmeda, porque no era cuestión de mancharla antes de empezar.

Al otro lado del túnel apareció el paisaje de otro planeta. Un inmenso campo, limpio de vegetación, sin chabolas ni basura. En una línea infinita, se dibujaba un suelo iluminado por bombillas azules entre las que aterrizaban, cada pocos minutos, los inmensos aviones que sobrevolaban a diario nuestro poblado, tan bajo que podíamos ver las caras de sus pasajeros pegadas a los cristales de las ventanillas.

En ese lado del mundo incluso olía bien. Detrás del enorme campo de luces, aparecía Nairobi, la ciudad que nunca duerme, siempre en ebullición, siempre ruidosa. La tribu masái que la habitó antes de que llegasen los ingleses la bautizó como Enkare Nyorobi, 'el lugar de aguas frescas'; igual fue así algún día, pero ahora ni era fresco ni tenía agua, salvo que incluyéramos en su definición el vertedero líquido que atravesaba la ciudad. Nairobi es la urbe más grande de África, un hervidero de hierro y asfalto que parece derretirse



en mitad de la sabana, el hogar de cuatro millones de almas amontonadas.

Antes del alba ya estábamos en el aeropuerto, el Jomo Kenyatta, que debe su nombre al presidente que consiguió la independencia de Kenia, unas décadas atrás. Sin separarme un metro de Moses, nos dirigimos a la terminal de llegadas, caminando en paralelo a las pistas de aterrizaje por un caminito rojo señalizado con luces parpadeantes. Seguí al hermano de Mama Asha hasta el sótano, un extraño paisaje de ruidosas cintas de metal que se perdían donde llegaba la vista; docenas de ellas se cruzaban en todas direcciones, con miles de maletas encima, a la espera de salir por unas puertas de plástico que las escupían hacia arriba. Unas bocas negras tras las que se veía la sala donde estaban los humanos, inundados por una tremenda luminosidad que me obligaba a guiñar los ojos. En ese laberinto de cintas transportadoras, me esperaba el señor Chane, el limpiabotas con el que trabajaría de ayudante. Un hombre de pelo ensortijado, como todos nosotros, que cada pocos segundos lo estiraba con un peine que guardaba en el bolsillo de la chaqueta, intentando domar la maraña una y otra vez, sin apenas éxito. Los mechones rizados, canosos pero aún rebeldes, volvían a su forma de muelle en menos que canta un gallo.

Tras saludar a Moses con una palmada afectuosa, y después de compartir un par de bromas de viejos amigos, el señor Chane me indicó con un gesto que lo siguiera. Como un perrito asustado, caminé un buen rato tras él, casi a oscuras, siguiendo el característico

olor –algún tipo de crema para bruñir las pieles– que dejaba tras de sí el maestro limpiabotas. Anduvimos durante varios minutos, atravesando pasillos interminables y varios almacenes oscuros donde titilaban un par de bombillas. Por fin, tras franquear una gran puerta metálica, apareció: el otro mundo.